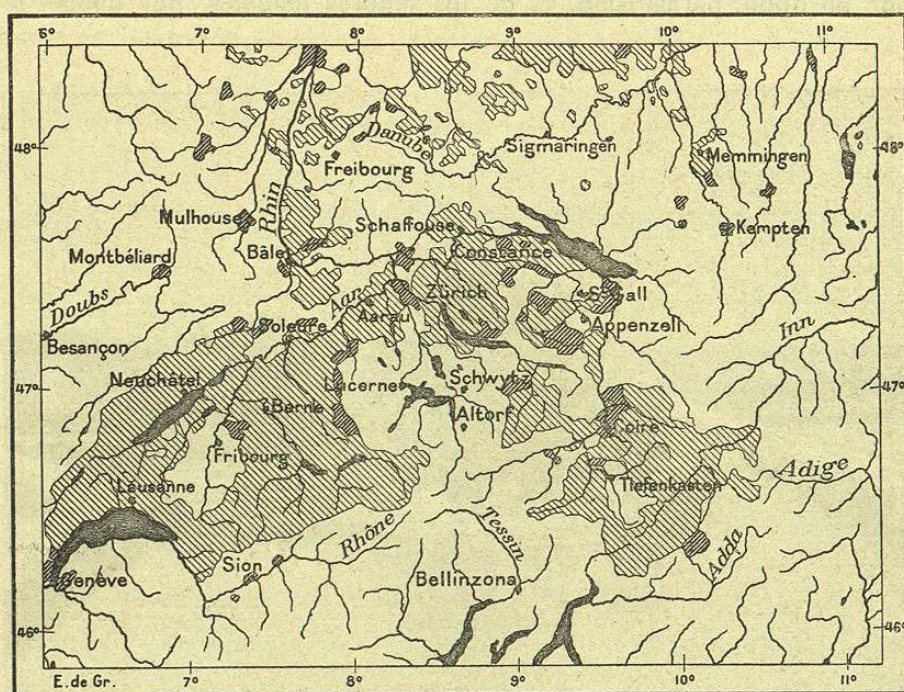


Roma, ó grandes señores contentos con poder apoderarse de los bienes eclesiásticos.

Se dice que la persecución no triunfa jamás y que «la sangre de los mártires es la semilla de la fe»; pero mírese sencillamente

N.º 380. Protestantes y católicos en Suiza.



1 : 3 500 000  
0 50 100 200 Kil.

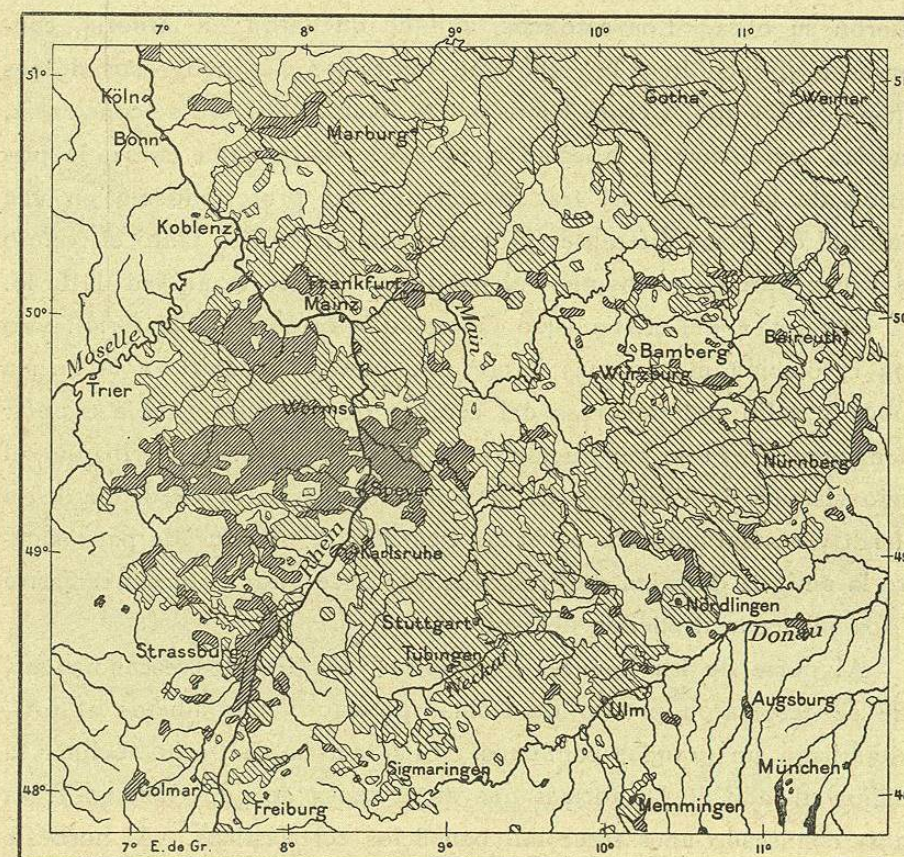
Sobre los dos mapas números 380 y 381, formados según el atlas Sydow-Wagner, los rayados anchos cubren los territorios en que los protestantes constituyen el 75 por 100 de la población; los rayados estrechos aquellos en que su proporción oscila entre 75 y 50 por 100.

el mapa de Europa, tal como se formó en la época de la Reforma, que subsiste casi idéntico en nuestros días: ¿con qué se han trazado esas fronteras sino con la espada, y con qué se han marcado sino con sangre? La historia lo atestigua: donde quiera que el poder político tomó resueltamente partido por una de las dos doctrinas que se disputaban las almas, las almas pertenecieron á aquella doctrina, católica ó protestante, es decir, á la fuerza <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hyacinthe Loyson, *La grande Revue*, 1.º Septiembre 1900, ps. 504, 505.

Así fué como por la espada de los señores y por la sangre de las víctimas se estableció esa antinomia de la Alemania del Norte y de la Alemania del Sud, oposición que adquirió tan gran importancia en los dos siglos siguientes y que continuó existiendo, aunque bajo

N.º 381. Protestantes y católicos en Alemania del Sud.



1 : 3 500 000  
0 50 100 200 Kil.

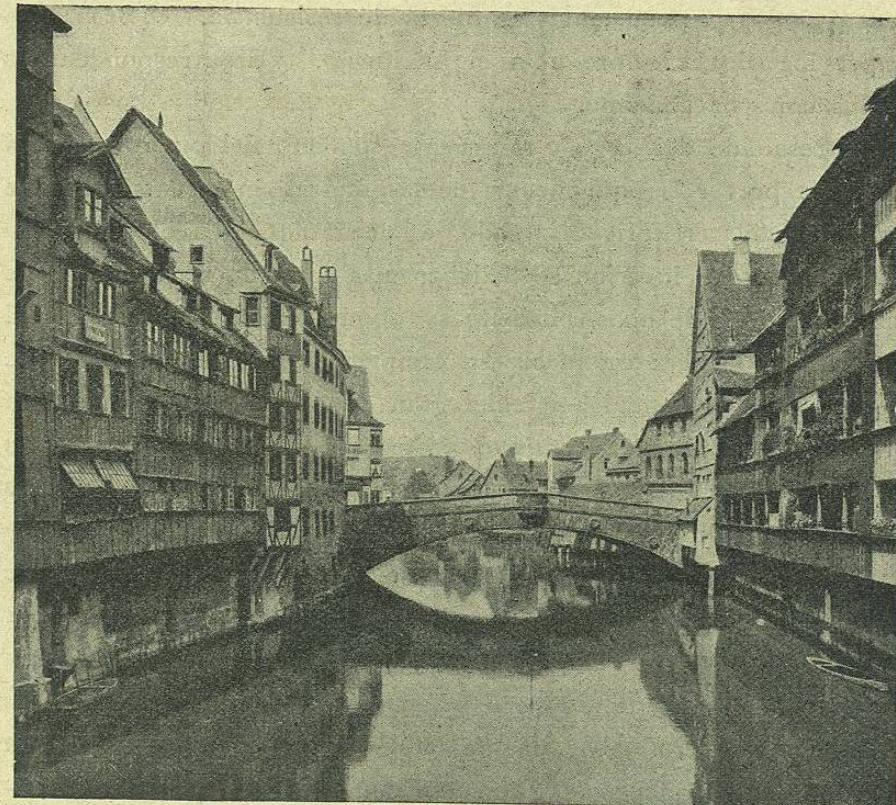
una forma menos aguda: una frontera religiosa claramente trazada marcaba la separación de los respectivos territorios. En el Norte y el Nordeste, los dueños del suelo, y con ellos todos los habitantes que les obedecían, se habían adherido al protestantismo bajo la forma luterana; el landgrave de Hesse-Cassel, el elector de Sajonia, el duque de Mecklemburgo y de Pomerania se apresuraron á secularizar todos los bienes de la Iglesia romana que les parecían convenientes, y el



elector de Brandeburgo, gran maestro de la orden Teutónica, se aprovechó de la crisis para declararse duque hereditario de Prusia, bajo el señorío feudal de Polonia. Ésta estuvo á punto de pasar por completo al protestantismo: se evaluaba solamente en la sexta parte de la población el número de los habitantes que habían permanecido fieles á la antigua fe; pero allí también «el hierro y el fuego» cumplieron su obra. Los católicos, aunque quedaron en minoría, conservaron el cuchillo y le emplearon contra los más peligrosos de sus enemigos, los que, no satisfechos con la llamada libertad de conciencia, querían conquistar la libertad completa y su garantía eficaz, la posesión de la tierra. El fraccionamiento del protestantismo en una multitud de sectas diferentes y hasta enemigas facilitó tanto el triunfo de Roma, que en pocos años el terror restableció la unidad de la fe. La «reforma» del cristianismo fué como borrada de la historia, pero una revolución mucho más importante que se produjo en la misma época y salió todopoderosa del cerebro de un Polaco debía triunfar plenamente: era la revolución que operó Copérnico derribando el viejo sistema de Ptolomeo de las rotaciones astrales alrededor de la Tierra y restaurando como verdad definitiva y demostrada para siempre la antigua doctrina de Pitágoras que hace girar el globo terrestre y los planetas alrededor del sol.

Al norte de las llanuras germánicas, los Estados escandinavos, que se destacaron pronto de Roma, permanecieron adictos al protestantismo sin grandes conflictos. El poder había hecho inclinar la balanza al lado de las formas nuevas, á causa de que Gustavo Wasa había confiscado unos trece mil beneficios eclesiásticos. Al noroeste de Alemania había también penetrado el luteranismo desde los primeros años en las provincias del bajo Mosa y del bajo Rhin; pero la Inquisición española se apresuró á perseguirle allí. Fué una lucha memorable la de los católicos, dirigidos por el duque de Alba, y de los reformados unidos agrupados alrededor de Guillermo el Taciturno: pocas veces ofrece la historia ejemplos semejantes de voluntades enemigas estrechándose con tanta energía, perseverancia y tenacidad, debido á que en ese drama emocionante y grandioso, no se trataba solamente de la forma de las genuflexiones ni de la redacción de las plegarias, sino también de la independencia política ó de la servi-

dumbre. Verdad es que en el conflicto fueron principalmente los Españoles, habituados hereditariamente á la matanza, quienes cometieron mayores atrocidades y derramaron más sangre: los precedentes y las exhortaciones de la Iglesia lo querían así. Bajo la terrible dominación del duque de Alba, cerca de diecinueve mil habitantes de



NUREMBERG — CASA ANTIGUA SOBRE EL PEGNITZ

Cl. J. Kuhn, edit.

la provincia de los Países Bajos fueron entregados al verdugo, ¡sin contar los innumerables que perecieron en los campos de batalla y en las ciudades entregadas al furor de los soldados! Se dice que Felipe II y su lugarteniente, haciendo juntos su examen de conciencia, convinieron en que las víctimas ajusticiadas jurídicamente debían quedar á cargo del rey, y que el duque de Alba respondería ante Dios de los herejes é inocentes sacrificados en la guerra ó en las matanzas. Por lo demás, uno y otro se sentirían en paz consigo mismos y quizá juzgábanse culpables del delito de clemencia, puesto



que recibieron la aprobación directa del papa por su obra de exterminio. Puede juzgarse del carácter que habían tomado las relaciones entre beligerantes por esta palabra del virrey, relativa á los sitiados de Alkmaar: «Cada garganta servirá de vaina á un cuchillo». Por otra parte, los ciudadanos de Leyde, atacados por la flota española, no vacilaban por un instante en arruinarse, en perder sus praderas y sus ganados para aumentar su fuerza de resistencia. «¿Se han de romper los diques?» pregunta el Taciturno. «Sí», responden los sitiados con voz unánime.

El resultado del largo y sangriento conflicto fué precisamente el que hacía prever la equivalencia de las fuerzas en lucha. La parte meridional del territorio disputado, es decir, aquel en que los ejércitos católicos de invasión se hallaban más cerca de las comarcas de reclutamiento y de abastecimiento, y donde tenían bajo sus pies el suelo más firme para establecer su campamento y trazar sus vías de comunicación, esa mitad belga del gran campo de batalla quedó en poder del extranjero y continuó profesando por fuerza la religión del vencedor, que era al mismo tiempo la de sus abuelos. Después de haber oscilado entre las dos confesiones, como lo hacía inevitable la evolución natural del siglo, Bélgica, sujeta por el hierro como sobre un cadalso, se vió obligada á repetir las viejas letanías, palabra por palabra, por orden de la Inquisición, y, como sucede siempre á causa del invencible amor propio de los hombres, esos mismos Flamencos y Walones que profesaban una fe impuesta por el terror, acabaron por conformarse nuevamente con ella con toda candidez, imaginándose devotamente que no habían intentado jamás escapar á la ignorancia hereditaria. En cuanto á los republicanos victoriosos de las siete Provincias unidas, que, por su parte, no dejaron de atribuir el buen éxito á su inteligencia y á su virtud, debieron mucho á las condiciones de la especie de tablero de ajedrez formado por los *polders* y los canales que sus abuelos habían conquistado al mar y que transformaron en inexpugnable fortaleza de diques, de fosos y de lagos. Poseídos del orgullo consciente que les daba el triunfo, los Holandeses unidos realizaron maravillas de audacia y de vigor: pueblo pequeño por el territorio y por el número, hicieron, sin embargo, su nación poderosa, adquirieron por cierto tiempo la dominación de

N.º 382. Las Siete Provincias Unidas.



1: 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

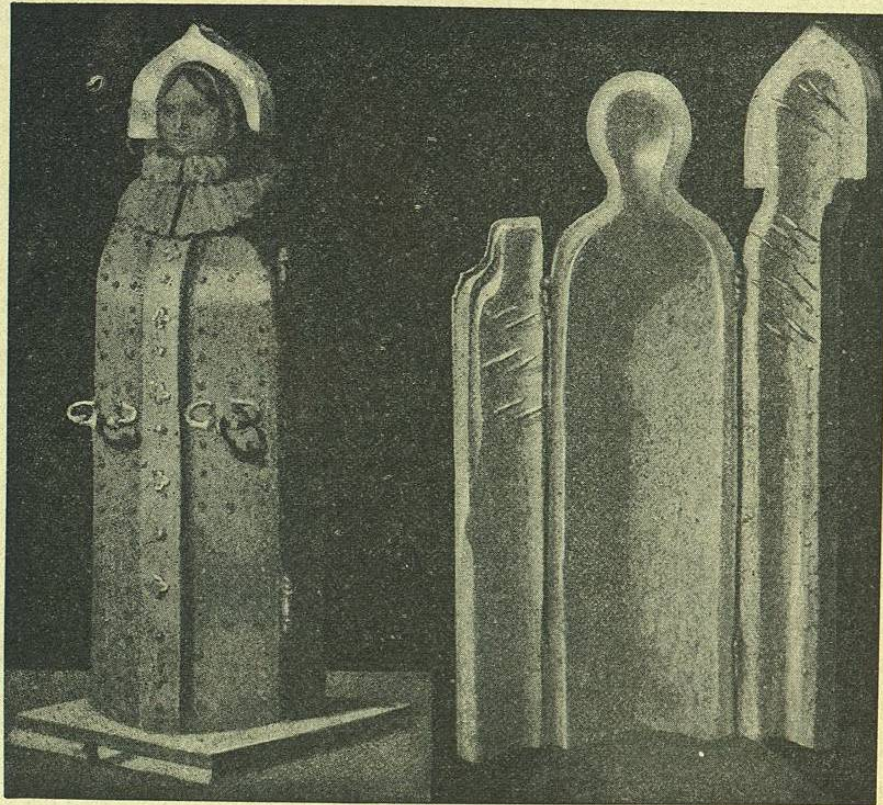
El cordón rayado limita las siete provincias (desde Frisia á Zelanda), que se unieron por el tratado de Utrecht en 1579, y se separaron formalmente de España por el de la Haya el 26 de Julio de 1581.

La rebelión de los protestantes contra el régimen inquisitorial comenzó en 1566 y 1567; los sitios de Leyde, Haarlem, Alkmaar, etc., datan de 1572-1574; Guillermo el Taciturno fué muerto en Delft en 1584; las ciudades y provincias meridionales se sometieron en 1585, excepto Ostende, que no capituló hasta 1604.



los mares y, lo que es mucho mejor, tuvieron la noble satisfacción de convertir su país en lugar de asilo para los pensadores y los perseguidos.

En Inglaterra, como en el continente, la fuerza brutal tomó gran parte en los cambios religiosos que se llevaron á cabo. Desde un

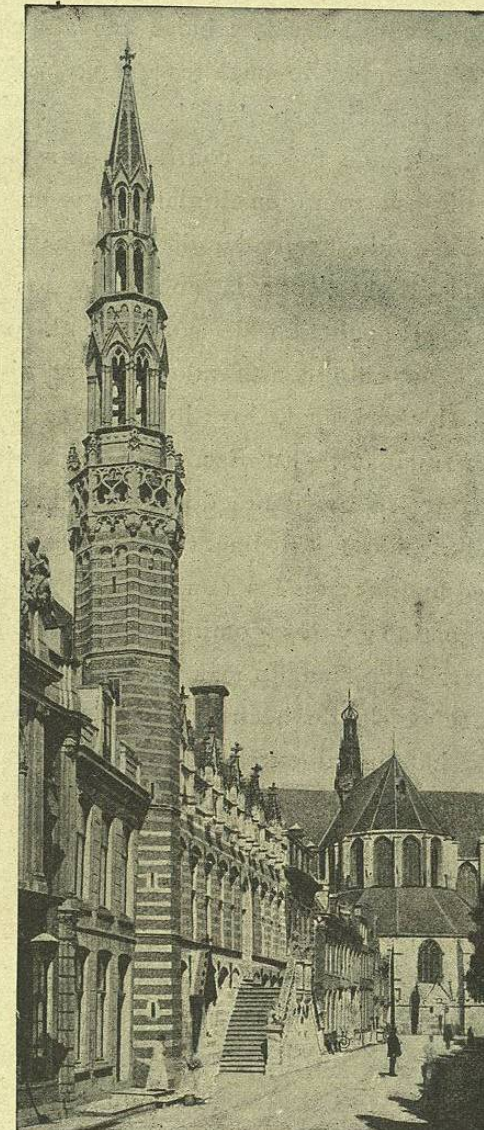


LA VIRGEN DE TOLEDO, ABIERTA Y CERRADA

Las tropas francesas encontraron á su entrada en Toledo este instrumento de suplicio en uno de los subterráneos de la cárcel. Que haya servido ó no, lo cierto es que no respondía al dogma de la Inquisición de castigar sin efusión de sangre.

principio, Enrique VIII, conservador celoso de las cosas del pasado, lanzó imprecaciones contra Lutero, y erigiéndose en «defensor de la fe», llegó á ser entre los soberanos el principal campeón del papado; pero Enrique era un hombre colérico, violento é impulsivo, y cuando el papa se negó á pronunciar su divorcio con su mujer, Catalina de Aragón, de quien se había cansado después de

veinte años de matrimonio, comprendió súbitamente que el protestantismo tenía algo bueno para los reyes, y sin cesar de ser rígido católico, se divorció siguiendo su voluntad para casarse después en uniones sucesivas, mandando ó dejando con vida á sus mujeres, según los caprichos del momento. Quizá por falta de valor no se proclamó «papa», pero al menos se declaró (1534) jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra, cuyos dogmas hizo retocar por un consejo de teólogos complacientes: desde entonces la Iglesia «Anglicana» pretende ser la continuación directa de la antigua Iglesia de que San Pedro es considerado como el primer Pontífice. Los bienes de los prelados, que representaban un valor de mil millones, parecieron también al rey buena presa y le sirvieron para recompensar á los adulares y á los verdugos; pero resistiendo algo la nación en distintos puntos, el rey no vaciló en quemar ó ahorcar á todos aquellos, católicos ó herejes, á quienes no había atraído el prestigio de su palabra: los primeros debían morir porque no le reconocían como jefe de la Iglesia, los otros por blasfemos y adoradores del diablo. Como gran moralista, Enrique VIII contaba mucho con el ejemplo para la represión de las acciones y opiniones que juzgaba malas: durante su



Cl. J. Kuhn, edit.

PALACIO DEL AYUNTAMIENTO DE ALKMAAR